

Jesús Marchamalo

LOS REINOS DE PAPEL

Bibliotecas de escritores

 Siruela

FUNDACIÓN
MIGUEL
DELIBES


El Ojo del Tiempo

Índice

Vivir los libros 13

La biblioteca de Sherezade
Prólogo de Gustavo Martín Garzo 17

LOS REINOS DE PAPEL

BERNARDO ATXAGA
Los libros del capitán 23

JULIO LLAMAZARES
El lector del Oeste 33

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN
Libros y ventanales 43

MANUEL VICENT
La celda de los libros 53

ELVIRA LINDO
La perrita Lola y el libro de Caravaggio 63

LUIS GOYTISOLO
El viejo Conrad y el silencio carcelario 73

FÉLIX DE AZÚA
El paraíso de la cronología 83

ÁNGELES CASO Todo ordenado	93
ANTONIO COLINAS Encuentro con Ezra Pound	103
DAVID TRUEBA La foto de Ava Gardner	113
JAVIER GOMÁ El misterio de no saber leer	123
LUIS ANTONIO DE VILLENA Gabinete de prodigios	131
MARTA SANZ «Querida Kate»	141
MANUEL LONGARES Inventario de libros, luz y sombra	151
VICENTE MOLINA FOIX La casa de los libros	161
LORENZO SILVA Kipling y el libro del abuelo	171
J. J. ARMAS MARCELO Hemingway, el vigía	181
LUIS GARCÍA MONTERO ¿Qué libro quieres ver?	191
ROSA MONTERO Libros y salamandras	203
MIGUEL DELIBES El sello de correos	213

*A Emilia García, mi madre,
en todos los cielos te encuentro.*

*Los libros van siendo el único lugar
de la casa donde todavía se puede
estar tranquilo.*

JULIO CORTÁZAR

Vivir los libros

A finales de 2007 empecé a publicar en el suplemento cultural del diario *ABC* el que, con el tiempo, ha sido uno de mis proyectos más exitosos y con el que, de una manera persistente, se me asocia. Se titulaba «Bibliotecas de autor» y, durante algo más de año y medio, me permitió visitar las bibliotecas de algunos de los escritores a los que más admiro, y recorrer con ellos ese universo suyo, tan singular siempre, de obsesiones y secretas manías con los libros, autores y lecturas. *El inspector de bibliotecas* me bautizó con poético acierto, no exento de una ironía sutil, Antonio Gamoneda.

Es cierto que cada biblioteca se rige por una serie de códigos, la mayor parte de las veces inconscientes, sin duda caprichosos, que trazan un retrato de sus dueños. Siempre cito a Marguerite Yourcenar, quien sostenía que la mejor manera de conocer a alguien es ver sus libros. Y creo que es verdad: los lectores se reconocen y se muestran en la manera en la que viven, conviven, con sus libros, y escribir sobre sus bibliotecas es, de algún modo certero, definirlos.

De la serie «Bibliotecas de autor» se publicaron quince entregas, a las que sumé otras cinco que completaban *Donde se guardan los libros*, el libro que publicó Siruela en 2011 y que tuvo una generosa acogida por parte de los lectores. Meses más tarde la Fundación Mapfre me invitó a preparar

un ciclo en el que participaron cinco escritores quienes, ante un público que llenó el auditorio en cada una de las sesiones, hablaron de sus bibliotecas y sus libros.

Así, cuando a mediados de 2013, desde la Fundación Miguel Delibes, me propusieron colaborar con ellos, les planteé recuperar el proyecto. Durante algo más de dos años visitamos las bibliotecas personales de otra veintena de autores con quienes después conversé en diversas bibliotecas públicas de Castilla y León ante un auditorio siempre acogedor y entusiasta. De cada una de ellas se publicaba un texto en el suplemento cultural de *El Norte de Castilla*, y aquellos artículos, con apenas alguna ligera corrección, son los que ahora se han convertido en este libro.

Es curioso cómo estas bibliotecas, a pesar de su disparidad, parecen tener una continuidad, encajan misteriosamente unas en otras y construyen entre todas una más amplia, extensa y colorista, inmensa, de títulos y autores. Cada escritor recomienda, además, tres lecturas: una propia, otra de la literatura universal que por algún motivo le resultó en su momento decisiva, y otra de Miguel Delibes, con lo que se añade otra biblioteca más de propuestas y sugerencias lectoras.

Quiero agradecer a todos los protagonistas su generosidad a la hora de franquearnos las puertas de sus casas, y de mostrar esa intimidad inconfesada que cada uno tiene con sus libros.

Gracias a Gustavo Martín Garzo por su precioso prólogo y su inmejorable amistad de años, gracias a mi generoso amigo Damián Flores por su viñeta, que sirve de colofón a este libro, y gracias, infinitas, a Vicente Molina Foix por su título. Es sabida mi inutilidad manifiesta para titular, y siempre es un asombro gozoso ver con qué certeza y naturalidad acierta la consolidada «agencia Molina» cuando se trata de buscar uno.

Y gracias a la Fundación Miguel Delibes por su confianza. Conocí a Miguel Delibes hace dieciséis años, cuando me otorgaron el premio de periodismo de lleva su nombre, y fue desde entonces un amigo entrañable y generoso. Vincularme con su fundación me pareció desde el principio una inesperada fortuna, como lo fue visitar su biblioteca, poder ver sus libros y conocer su mundo de lecturas.

Gracias, muy especiales, a todos los que nos acompañaron y apoyaron a lo largo de este tiempo con su presencia y aliento, y gracias a los lectores que, al final, son lo que importa.

Gracias.

Madrid, julio de 2016

BERNARDO ATXAGA
Los libros del capitán

Subimos por una escalera de madera de esas, no me fijé, que podría crujir con cada paso, un lamento, un chasquido, como crujen las escalas de los barcos. Un pasamanos oscuro, suave al tacto, que conduce hasta arriba, a lo que probablemente fuera hace tiempo el desván y que ahora semeja ser la bodega de un viejo bergantín, de una goleta —el suelo, el techo, las vigas de madera—, y un par de tragaluces que parecen llegar de la cubierta y que iluminan, con una luz lechosa, tamizada como una mosquitera, los estantes de libros. Miles de ellos, diríase estibados por manos cuidadosas, forrando las paredes casi como un tapiz. Un catálogo de lomos de distintos colores que se extiende hasta el fondo, a lo lejos; un camino salpicado de lámparas, encendidas como un collar de perlas.

Hay una mesa y cajas, allí en medio. Una zona de obras, de trájín y montones, y un silencio que es casi acogedor. Y ahí, como un viejo capitán curtido en mil batallas, mil viajes y lecturas, Bernardo Atxaga (Asteasu, Guipúzcoa, 1951), con sus gafas de cerca, y ese paso iba a decir airoso, austero, de los lobos de mar, que cuenta cómo en las noches de tormenta —los rayos y los truenos— todo aquello parece que se mueve como si fuera azotado por las olas.



Pero hoy hay calma aquí en la biblioteca, no hay mar de fondo, ni nubes de tormenta en lontananza. Solo esa luz que entra desde la calle, timorata, e ilumina los montones de libros cruzados en los estantes. Todo provisional porque se ha decidido a clarear, a limpiar y a ordenar, como quien coloca, hacendoso, los cajones. «De algún modo, al tiempo que ordenas la biblioteca te ordenas también tú», confiesa. «Deshacerse de un libro que no quieres es desprenderse de una pesada carga, y hay una cierta sensación liberadora cuando prescindes de él».

Así, en esta biblioteca hay una parte asentada, consolidada, como aquellas viejas empresas decimonónicas, y otra que anda por ahí en un escrupuloso escrutinio de tenedor o de contable. Porque expresa el capitán Atxaga la tentadora voluntad de hacer de su biblioteca una colección y convertirse él mismo en un coleccionista. No de libros caros, primeras ediciones, obras únicas, raros y curiosos, sino

de aquellos libros que le gustan. «Con sesenta y tres años tienes la sensación de salir a una zona tranquila, ideal para hacer escrutinio de uno mismo, un recuento de ideas, de formas de pensar, también de libros».

Fronteras invisibles

En la biblioteca rige un código de fronteras sutiles, como las de los mapas, líneas discontinuas, respunteadas, que cruzan los estantes como viejos países, y que separan la poesía, en uno de los rincones —Juan Ramón, Cernuda, Sylvia Plath, Borges—, de la ficción —Longares, Leguineche, Pierre Loti— y del ensayo, al fondo, casi otro continente.

Todo en un orden iba a decir tenso y equilibrado, que pivota entre el alfabético riguroso que impone su suegro Andoni (viene de vez en cuando a encargarse de los extra-



viados) y el desorden que provoca el propio Atxaga: libros puestos de pie, con las cubiertas visibles como si fueran faros: Leopoldo María Panero, Erri de Luca, Novalis... Y encima de los estantes, uno de esos lugares de paso, provisionales: un par de montones donde se mezclan, en ese capricho tumultuoso de lecturas, Céline, *Voyage au bout de la nuit*, y Ana María Matute, *Paraíso inhabitado*; Paul Theroux, *Mi otra vida*, y Agustín Fernández Mallo, el *Proyecto Nocilla*.

Por allí, Onetti, casi una balda entera para él —*Cuentos Completos*, *El astillero*, *La vida breve*—, Vila-Matas, Luis Mateo Díez, mucho Sándor Márai, también, y algún malentendido: media docena, o más, de libros de Donna Leon que sus amigos han insistido en regalarle, y que no ha leído todavía o no le gustan. O tal vez ambas cosas.

También, algunas de sus lecturas de adolescencia: Heinrich Böll, Hermann Hesse, Günter Grass, y clásicos rusos: Tolstói, Chéjov, Dostoievski —hubo un momento, de ado-





lescente en el instituto, en que sus compañeros le llamaban así, *Dostoievski*—, y aquel libro que le cambió la vida: cubierta de color fucsia, título en blanco, y en naranja, el autor: Bertolt Brecht, *Poemas y canciones*.

Vivía una temporada de parón, de aburrimiento, de *impasse*, cuenta, mientras hacía su primera carrera, Económicas, en Bilbao, que terminaría como quien se ajusta un corsé, y compró en la librería Herriak un libro de Alianza, de la colección El Libro de Bolsillo, con aquellas míticas cubiertas de Daniel Gil. «Fue un libro que en aquel mo-



mento me dejó muy marcado. Un libro muy importante para mí, y donde me encontré uno de los mejores poemas que he leído nunca, se titula *Malos tiempos para la lírica*.

*Ya sé que solo agrada
quien es feliz. Su voz
se escucha con gusto. Es hermoso su rostro...*

Aquel libro le llevó a Barcelona, a estudiar Filosofía. «Me fui para leer a los clásicos», recuerda.

Viajar con libros

Y ahí están, sí, Rousseau —*Emilio, Discursos, El contrato social*—, en la parte de ensayo y pensamiento; al lado, Julián Marías, la correspondencia de Cernuda, un ejemplar del Corán, y la biografía, en inglés, de Carson McCullers. También libros de historia, muchos, junto a un pequeño ventanuco, casi a ras de suelo, protegido por una malla metálica, a través del que se ve un romántico nido de paloma con dos pollos.

Hay también una parte *euskaldun*, previsible y cuantiosa. Un par de cuerpos de estanterías, cerca del tragaluz y, presidiéndola, el retrato de un sonriente Gabriel Aresti, la mano en la barbilla, en la cubierta de uno de sus libros. «El primer texto que escribí en euskera se lo dejé a su nombre en la librería Verdes, para que se lo dieran. No conocía a nadie entonces, ni sabía a quién dirigirme, y se me ocurrió que tal vez Aresti pudiera orientarme. No solo me atendió, sino que me animó a publicar y a seguir escribiendo; em-



pecé a publicar por él, de modo que le tengo un especial aprecio».

Falta esa parte, de viajes, para acabar. Vivir en diferentes sitios, moverse, pasar temporadas fuera y guardar guías y planos, como quien hace álbumes de fotos: Marruecos y Medina, Sicilia y Marco Polo, Florencia, Andalucía, anoto según paso la mano por los lomos, Siria y Jordania, Darwin, mientras Atxaga, con sus gafas de cerca, sobre la tablazón claveteada, mira de reajo el tragaluz. Y me cuenta cómo elige en su estudio libros que le protegen, de autores que le caen bien —Pisón, Marsé, Graves—, y aquel encuentro hace años con Delibes, con quien se cruzó en Santa María del Campo. «Adiós, buenas tardes», se dijeron. «Adiós».

Ha empezado a llover y, dice —las gotas resonando en el cristal, quedamente— que no siempre es verano en el barco. Y suena un trueno.

Poemas y canciones

BERTOLT BRECHT

Alianza

«Es uno de los libros que más me inspiró en su momento. El que más he llevado conmigo, y que más he tenido. Es fácil que haya comprado veinte ejemplares o más, porque siempre acabo regalándolo a la gente que aprecio».

Días de nevada

BERNARDO ATXAGA

Alfaguara

«Es mi libro más reciente, el más fresco probablemente. Un libro en el que hablo del mundo más allá de la muerte, del pasado, de las personas que han muerto, que ya no están, pero que siguen con nosotros».

Viejas historias de Castilla la Vieja

MIGUEL DELIBES

Alianza

«Recuerdo perfectamente el libro, en Alianza, de color negro y azul, y que esos cuentos fueron la continuación de los cuentos vascos de Baroja, y recuerdo la naturalidad con la que pasé del paisaje vasco al de Castilla que, desde luego, es uno de mis paisajes».